

728308000 001

CCC/2775

Don Julio en el Consejo



Lo sabíamos, que tenía la salud muy quebrantada, que hacía tiempo que no escribía ni dibujaba, que su cabeza discurría ya por otros paisajes, pero no por eso la pena de su muerte ha sido menor. Tampoco ha sorprendido la abundancia de elogios y palabras laudatorias dedicadas a su persona. Se merecía este homenaje y otros más que no tuvo; se le homenajeaba quizá para purgar una falta mayor de justicia. Desde la modestia de nuestra relación con él, que mantuvo un tono cotidiano y duró prácticamente desde 1981 hasta 1991, que fueron los años en que nos dirigió, como jóvenes becarios, en un grupo de trabajo de antropología en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, queremos recordarle y exponer cuánto trabajo y dedicación donó generosamente a esta institución.

Se habla, con razón, de la independencia y libertad absoluta de que Caro Baroja hizo gala toda su vida, y también, como consecuencia, de su marginación de las instituciones educativas, universitarias e investigadoras de nuestro país. Esto último es cierto en el sentido de que él dio más a las instituciones del Estado y al país de lo que a cambio recibió. Y puede ser verdad también porque el raquitismo de nuestra cultura y nuestra ciencia comporta que, para algunos sectores y en bastantes sentidos prácticos de la vida, o se es catedrático o no se es nada. Aunque lo que una cátedra tenga que ver con la sabiduría, el conocimiento, la creatividad, el trabajo de investigación, si hemos de juzgar por el caso de don Julio, parece que no es mucho. Pero ocurre que don Julio sí que estuvo ligado durante muchos años de su vida al organismo que agrupa la labor investigadora de mayor nivel en el ámbito nacional: el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ya en 1941, antes incluso de doctorarse, aparece como becario del Instituto «Bernardino de Sahagún» de Antropología y Etnología, recién fundado el Consejo. En 1943 se crea la Sección de Tradiciones Populares, que dirige Vicente García de Diego, de la que Caro es colaborador. Aquí publica uno de sus primeros libros, *La vida rural en Vera de Bidasoa (Navarra)* (1944) y numerosos artículos que van apareciendo sistemáticamente en los distintos números de la *Revista de Dialectología y Tradiciones Popu-*

R 84248

lares, órgano del centro, desde el primer cuaderno (1944-1945), que incluye un largo estudio sobre «El toro de San Marcos». Cuando la Sección de Tradiciones Populares pasa a formar parte del Centro de Estudios de Etnología Peninsular, que se crea en el Consejo en 1947, Caro Baroja es nombrado secretario de la nueva institución, donde desempeña una importante labor de investigación que en la década de los cincuenta alcanza una proyección internacional e incluye los más largos trabajos de campo y estancias de estudio que llevó a cabo fuera del País Vasco y España. Su prestigio moviliza el Centro, donde recalán investigadores extranjeros de la talla de Oscar Lewis, José María Arguedas, M. Kenny, George M. Foster y Julian Pitt-Rivers.

La relación más estrecha entablada con estos dos últimos llevará a don Julio a dos estancias de estudio; en la Smithsonian de Washington en 1951 y en la Universidad de Oxford en 1951 y 52. También será una institución incluida en el Consejo, el Instituto de Estudios Africanos, la que patrocine —y publique luego los resultados— su único trabajo de campo largo fuera de España, el que realizó, acompañado por Miguel Molina Campuzano, en el Sahara occidental entre noviembre de 1952 y febrero de 1953. En el Consejo, y en estos años, se reanuda asimismo la labor docente que don Julio ya iniciara con los dos cursos (1943-45) en que permaneció como ayudante de las cátedras de Historia Antigua de España y Dialectología de la Universidad Central. En 1948 imparte un curso en la sección de Barcelona del Centro de Estudios de Etnología Peninsular, que quedará plasmado en uno de sus libros teóricos más importantes, *Análisis de la cultura (Etnología-Historia-Folklore)*, que el propio Centro publicará en 1949.

Siguiendo la tónica habitual de frecuentes cambios de denominación y estructura, que no obstante no interrumpen las grandes líneas de continuidad más profundas, en 1962 el Centro de Estudios de Etnología Peninsular desaparece, convirtiéndose la antigua Sección de Tradiciones Populares, que había sido su núcleo en Madrid, en el Departamento de Dialectología y Tradiciones Populares, dentro del Instituto «Miguel de Cervantes» de Filología Hispánica. Y aquí sigue don Julio trabajando, sin vinculación administrativa clara a partir de entonces, ya que en su caso no se llegó a formalizar la funcionarización de los antiguos «colaboradores». Sin embargo, la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* continúa siendo el cauce más utilizado para sus artículos científicos, muchos de ellos posteriormente recopilados en distintos libros, hasta que el Departamento llega también a desaparecer en 1977.

Tres años más tarde, Concha Casado, directora entonces del Instituto «Miguel de Cervantes», le llama a colaborar en el mantenimiento de los

estudios etnológicos y de la antigua revista para la que él tanto había trabajado, que corrían un serio peligro ante la falta de personal científico que se ocupara de ellos. De nuevo se presta a esta colaboración y a partir de 1980 dirige la revista, imparte anualmente un curso de etnología española y comienza a dirigir un grupo de investigación en el Consejo. Todo ello a través de la única figura posible por su edad y situación administrativa, como Doctor Vinculado del CSIC; es decir, de forma honorífica y sin remuneración.

En estos años, sobre todo desde que abandona la Universidad del País Vasco, donde había desempeñado la Cátedra de Antropología Filosófica entre 1981 y 1983, su actuación en el Consejo fue muy importante. Se ocupa de aspectos de planificación y política científica y consigue, gracias a sus insistentes llamadas, que las autoridades del CSIC contemplen la necesidad de que exista en el organismo algún centro dedicado al área de antropología. Él, que era un hombre tan poco inclinado a las tareas burocráticas y que indudablemente debía sentirse incómodo al encabezar una representación gremial, diseñó planes y propuestas, mantuvo entrevistas e hizo todo lo que estuvo en su mano, sin escatimar tiempo ni firmas, para que el Consejo contara en su organigrama con un área de estudios que consideraba de suma importancia. Nosotros, que tuvimos ocasión de acompañarle en alguna de estas gestiones, somos testigos de que nunca utilizó su nombre y su prestigio para hacer valer sus derechos ni obtener beneficio personal alguno; por el contrario, sus referencias eran siempre al futuro, a los jóvenes, a las necesidades culturales y científicas del país, a las oportunidades perdidas...

Pero su disponibilidad no sólo era de este tipo, pues además actuaba como director de proyectos de investigación, avalaba las becas necesarias para que su equipo pudiera continuar la labor, organizaba congresos —dos se llevaron a cabo en estos años, sobre teatro y arquitectura popular— e impartía cursos para dotar a este pequeño núcleo de trabajo de cierta proyección. Estos cursos, que, bajo el título general de Curso de Etnografía Española, impartió en ocho ediciones entre 1980 y 1988, consistían siempre en una exposición original y escrita ex profeso de temas monográficos en los que don Julio estaba trabajando o por los que tenía interés, y abarcaban desde la historia del pensamiento antropológico a los problemas de la mentalidad popular, la criminalidad y el bandolerismo, el folklore de las ciudades o los tipos de leyendas. Son, tal vez, la muestra más dilatada de su categoría como maestro y a la vez un buen ejemplo de su método de trabajo. Porque con sólo retocar algo los originales que él traía preparados cada día y la transcripción directa que nosotros hacía-

mos de cada conferencia, bastantes de ellos fueron publicados en forma de libro, en el Consejo o en otras editoriales.

Otra tarea fatigosa y poco afín con su carácter que don Julio asumió con la misma gratuidad fue la dirección de la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, que aparece a su cuidado desde el tomo correspondiente a 1978 (aunque realmente fechado en 1980), y a la que él, ayudado muy directamente por Concha Casado, salvó de una muy probable desaparición. De su implicación en esta labor son muestra sus artículos, que no faltan en cada volumen de la revista, hasta 1992, en que se fecha su última colaboración, un breve trabajo «Sobre nombres propios imaginarios que expresan acción, situación o pensamiento».

A pesar de ser, a esas alturas, un autor disputado por editoriales comerciales de gran prestigio, don Julio cedió al Consejo la publicación de tres libros muy importantes, *La aurora del pensamiento antropológico (la antropología en los clásicos griegos y latinos)* (1983), *Los fundamentos del pensamiento antropológico moderno* (1985) y *Realidad y fantasía en el mundo criminal* (1986), y aun se malogró la edición de otro original, *Tierra de Álava*, que estaba prevista en 1989. Estas obras supusieron el relanzamiento de la misma colección, Biblioteca de Dialectología y Tradiciones Populares, en la que más de cuarenta años antes había aparecido su libro sobre Vera de Bidasoa.

En fin, de las horas perdidas por él, y ganadas por nosotros, son testigo las personas, las pocas que frecuentamos el edificio de la calle Medinaceli, donde tiene su sede el área de humanidades del CSIC. El recuerdo oficial, administrativo, documental, de su labor aquí será, como casi siempre, un muy injusto reflejo de la realidad. Por eso, porque le conocimos, aparte de su obra, de su trabajo, que nada puede borrar, queremos también recordarle en sus rasgos más entrañables, más alejados del tono académico que suelen tener las semblanzas escritas a la muerte de un gran investigador.

Hoy, a los escasos días del fallecimiento de don Julio, hacen declaraciones y escriben en los periódicos muchos de los que le conocieron. Quien más quien menos, comió o cenó con él en alguna ocasión, estuvo de visita en Iztea, le acompañó en tal circunstancia o fue discípulo suyo. Es verdad, a don Julio le conocía mucha gente. A nosotros nos sorprendió siempre, jóvenes como éramos y acostumbrados como estábamos a las ínfulas gastadas por algunos catedráticos y capitostes de la Universidad, lo accesible que era, que siempre contestara al teléfono y siempre para decir que sí; que permitiera cualquier interrupción (incluida la nuestra) en su casa cuando estaba trabajando, dibujando, comiendo, oyendo música o cantando. Él sabía muy bien lo que eran los «tíos pelma». Lo sabía desde

los años en que convivió solo con su tío Pío en la edad muy avanzada de éste; lo que tal vez sabía peor era cómo librarse de ellos.

Don Julio conocía a mucha gente, pero ¿qué es lo que muchos conocidos sabían de él? Casi seguro que se reíría con su risita sardónica de medio lado de la boca si leyera muchas de las cosas que algunos de estos postizos dicen de él. En un programa conmemorativo emitido por la televisión el día después de su muerte, don Julio hablaba precisamente de la extrañeza que le producía que le reconocieran por la calle —tras haber participado en algún evento mediático— y a la vez le confundieran con otro, Buero Vallejo, por ejemplo. Aunque la confusión más habitual era con el apellido, y así fácilmente podía pasar a ser su tío escritor, o su hermano a ser su tío Pío y Ricardo Baroja su hermano, por ejemplo. Recuerdo que, con motivo de una exposición de sus dibujos en Madrid, le acompañamos a la inauguración aquellos que nos llamábamos el «equipo». Allí, entre croquetita y refresco, vino hasta él, y le felicitó por sus dibujos de tanto colorín (don Julio pintaba mucho con rotuladores), una señora de edad, bien arreglada, con chaquetón de garras de astracán: ella no sabía que Pío Baroja también pintara, pero, claro, ¿como había estado (don Pío, se entiende) tanto tiempo viviendo fuera! Nos reímos bastante.

Yo creo que no le molestaba demasiado la confusión con algún otro miembro de su familia. Otra cosa, de la que sí le oímos quejarse, es que la gente le conociera pero no precisamente por haber leído sus libros. Pues ocurre que muchos tienen sobre él alguna referencia, pero muy pocos conocen su obra intelectual con cierta profundidad (a veces ni por el título), ni siquiera aquellos que, por ser antropólogos o especialistas en cualquiera de las temáticas sobre las que escribió, estarían absolutamente obligados a ello; tampoco los estudiantes. Ya sabemos todos que en España se lee poco, sabemos también que la obra en cuestión no es fácil (aunque hay muchos que así lo afirman) ni por su profundidad, erudición y forma de expresión, ni por su enorme cantidad —sobre esto último oí decir una vez a Pitt-Rivers: Julio escribe más rápido de lo que el resto de la gente podemos leer—, pero esto no es disculpa, aunque nos descubra más de la excepcionalidad de Caro Baroja que ciertas palabras dichas e intenciones manifiestas.

Dejando aparte los contenidos, una de las características más sobresalientes de Caro Baroja, evidentemente como en cualquier verdadero autor, era su forma de expresión escrita y oral. Se señala su fluidez extraordinaria para escribir. A este respecto también Pitt-Rivers ha declarado recientemente que, paradójicamente, la forma que don Julio tenía de coger el bolígrafo parecía la de alguien que a duras penas sabía hacerlo. A mí más bien me recordaba la manera en que los pintores manejan los pinceles y, de hecho,

la misma forma de usar los dedos le servía para dibujar o para escribir. Su letra tenía, creo, cierta calidad de dibujo, tanto en sus trazos, muy minuciosos, como en la composición de la página que resultaba impecable. A don Julio le gustaban unas cuartillas blancas que, después de rellenas con un texto, con escasísimas correcciones y en el que había hasta las citas a pie ya puestas de memoria, cruzaba con otra doblada donde ponía el título; le gustaban también los títulos y poner epígrafes. Llamaba la atención su firma, de una gran sencillez, y aquí recuerdo su paciencia cuando Concha Casado le ponía delante una pila de cien certificados de asistencia a su curso y él los iba firmando todos con el mismo detalle.

Su manera de hablar era también muy característica. Lo más sobresaliente era, aparte de la entonación de la voz, la discontinuidad y la gestualidad. Escuchándole podía dar la sensación de distracción o pérdida, que sin embargo nunca se confirmaba porque su discurso era absolutamente lógico y encadenado. Lo mismo que su escritura, en la que a veces pareciera que el detalle, el dato, los excursos, pueden sobre la lógica interna que, no obstante, sutil y profundamente es siempre la que rige la exposición. Era muy curiosa esa especie de superficial vacilación en la manera de presentarse la persona de don Julio.

Tenía una forma de tratar a la gente de enorme gentileza y muy educada. A nosotros nos llamaba siempre de usted, igualándonos así en el tratamiento que le dábamos a él mismo, en una forma de respeto no muy habitual, excepto a Concha Casado, a quien, por su amistad desde muchos años, tuteaba. Y sobre todo tenía una gracia enorme para la conversación. Contaba anécdotas sabrosísimas de las épocas más duras del franquismo, de los «cagatintas y papanatas» que siempre han abundado, de sus tíos y de gente más o menos famosa en el mundo académico y literario, de Nápoles, de los viajes a Italia que había hecho con sus sobrinos, de la televisión, de música y, por supuesto, de la política, del Consejo también. Nuestras reuniones de trabajo con él eran muy particulares; primero nos indicaba, nos ayudaba, creaba temas y programas de trabajo, y ahí se manifestaba con unos conocimientos y una sabiduría que no podía sino destacar de una forma excepcional, pero a la vez era cercano y nos hacía partícipes de sus intereses e inquietudes y, al fin, siempre acabábamos riéndonos con él.

Además de humilde, era austero en los aspectos materiales de su vida, a pesar de tener unos gustos y un consumo culturales muy refinados. Su afición por los libros antiguos y raros es bien conocida. Muchas veces, antes de llegar al Consejo, había pasado, seguro que con más afición, por alguna de las librerías de viejo de los alrededores de la calle del Prado y venía ya con su bolsita de plástico. Sus preferencias musicales eran

también selectivas; sobre todo música italiana, de la que tenía buena colección de discos, algunos de ellos difíciles de encontrar. Sin embargo, en el despacho de su casa, donde trabajaba y escuchaba música, tenía un tocadiscos antiguo y simplísimo comparado con los avances de la alta fidelidad actual, que había incluso mandado reparar en vez de sustituir por otro más sofisticado. Con respecto al maquinismo tenía opiniones muy radicales, no era aficionado a los aparatos. Ni reproductores de música modernos, ni máquinas de escribir, ni cámaras de fotografía, ni automóviles; presentes en todas partes y aun siendo artefactos todos muy útiles y necesarios, don Julio supo pasar muy bien sin ellos.

Los problemas del urbanismo y la fealdad con que la modernidad iba recubriendo en capas sucesivas a las antiguas ciudades era uno de sus temas preferidos de conversación. De hecho, si le veíamos algo decaído, triste o cansado, era una de las cosas que sabíamos podían captar su atención, que le encendían el pelo. Ese pelo blanco que tenía y que le formaba como dos cortos remolinos a ambos lados de la cabeza, que parecían de plumillas suaves y que se mesaba con frecuencia al hablar.

El Estado, la mediocridad de la vida pública y científica de España, eran otros asuntos en los que sus juicios eran implacables. En los últimos tiempos que frecuentó el Consejo era habitual encontrarle con un gesto desalentado y oírle quejarse del cambio, de cuántos amigos y compañeros de su juventud que apreciaba habían desaparecido, de que, al pasar por los despachos, no reconocía ninguna cara. Poco a poco, esta casa le fue resultando más y más extraña y decidió finalmente que ya no era un lugar para él. Así fue como dejó de venir.

Habiéndole tratado queda la sensación, todavía más intensa que la que se transmite a través de sus libros, de que se ha tenido la suerte de conocer a un ser excepcional. En uno de los artículos necrológicos publicados el 19 de agosto pasado en el diario *El País*, escrito por Carmelo Lisón, catedrático de antropología, refiere éste la fuerte impresión que le causó, en Itzea, tener en la mano, perfectamente conservados, viejísimos libros sobre brujería que él sólo había podido obtener en fotocopia. Realmente, frente a la obra y la figura de Julio Caro Baroja, un incunable valioso, artístico, pesado y perdurable, las obras y figuras de los demás parecen fotocopias.

CARMEN ORTIZ GARCÍA
Departamento de Antropología
Instituto de Filología
CSIC. Madrid